

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 7 DE MARZO DE 1909

NÚMERO 62



HAZ BIEN...

Hallábase Pablillo. á la caída de aquella hermosa tarde otoñal, sentado sobre el verde cesped de un alcor.

El muchacho. á quien la suerte había obligado á servir de zagal, cuidaba un numeroso rebaño de cabras, y entretenía las largas horas de ocio del pastoreo en tocar una corneta que encontró perdida en un barranco.

Cuando estaba más embebecido, apareció en escena otro zagal, un

Ayuntamiento de Madrid

muchachote fornido y mal encarado. Al verle, Pablillo dejó caer la corneta, púsose en pie, y con mal disimulada rabia increpó al recién llegado.

—¿A qué vienes, Juan?

—A romperte la cabeza—contestó sin otros preámbulos el aludido, blandiendo un fuerte y nudoso garrote.

—¿A mí...? ¿Por qué?—preguntó Pablito, sin inmutarse, disponiéndose á jugar en defensa propia su tosco cayado.

—Demás lo sabes; por lo que fuiste contando al pueblo el otro día de que yo te había quitado una cabra...

—Y dije la verdad—interrumpió rápidamente el muchacho.—Yo te vi llevarla por el barranco de la Muerta.

—Pues ahora vas á ver cosa mejor—replicó Juan riendo brutalmente,—porque sin ser noche vas á ver las estrellas.

Y de un salto cayó sobre su interlocutor blandiendo el garrote, que chocó con ruido seco y brutal en el cayado de Pablillo.

La lucha á palos empezó con feroz denuedo entre ambos contendientes, y acaso habría terminado de un modo sangriento, á no escucharse una voz de niño que gritaba:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!...

Pararon ambos combatientes, y, entre curiosos y sorprendidos, vieron que por el único sendero que conducía á lo alto del cerro venía un hermosísimo muchacho, de hasta unos diez años, vestido con el lujo y la riqueza de un príncipe.

Pablo y Juan esperaron la llegada de aquél que providencialmente aparecía en el momento culminante en que la cabeza de uno de ellos, y tal vez la de los dos, hallábase á punto de ser rota de un garrotazo.

El desconocido llegó hasta donde se encontraban los luchadores, y después de informarse de la causa origen de la pelea, dijo encarándose con el mayor de los zagales:

—Si es verdad lo referido por Pablo, y debe serlo por la entereza de sus palabras, tú has cometido una mala acción que podría llevarte á la cárcel.

—¿Y tú quién eres para meterte en lo que no te llaman ni te importa?—replicó ferozmente Juan.

—Vale más que lo ignores, porque podría pesarte el saberlo. Conque no repitas tu deplorable hazaña, y vete ya á cuidar de tu rebaño.

Dijo esto con tal autoridad el hermoso niño, que el zagalón quedóse algo confuso; pero, reponiéndose, gruñó despectivamente:

—¡Ni que fueses el hijo del rey para venirte con tales humos...! Apártate tú, y deja que éste y yo arreglemos nuestras cuentas.

Y volvió de nuevo á blandir el garrote; pero el gentil muchacho, sacando de su cinturón un revólver que más parecía un primoroso juguete, le dijo, señalándole con él la vereda que se abría en el alcor:

—¡Vete...!

Aterrorizado, Juan masculló un insulto, y á buen paso, mirando recelosamente á su espalda, cumplió lo que le ordenaba aquel que por su aspecto y sus palabras parecía hijo de un rey, y que en realidad lo era del que reinaba en el país en donde ocurre la presente historia.

No se declaró como tal á Pablillo, sino que, fingiéndose hijo de un alto dignatario de la corte de su padre, le contó que aquella tardecita, aprovechando un descuido de su preceptor, había salido del parque real, ansioso de ver un poco más de mundo del que veía á diario.

Reconocido, aceptó la rebanada de pan negro y el pedazo de queso con que le brindó el zagal.

Los dos muchachos merendaron como dos buenos camaradas.

(Continuará)





EL ALCANFOR

Es el del alcanfor un árbol de ocho á 10 metros de altura, parecido al tilo; su corteza es parda; sus hojas, perennes; blancas sus flores y pequeñas, y su fruto, de color rojo, de tamaño de guisantes, contiene las semillas, que son muy parecidas á granos de pimienta.

Este árbol está muy extendido en Cochinchina, en el Japón, en las provincias del Sur de la China, formando bosques muy poblados entre Sangay y Ancoy; también se encuentra en Formosa, en Ceilán, en algunas regiones de la India, en Madagascar, en la parte meridional de los Estados Unidos y en las Antillas.

Se cultiva con éxito en todos los países tropicales y aun en los que están próximos á los trópicos. En Italia se produce muy bien, así como en el Mediodía de Francia, pero es necesario resguardarlo del frío durante los inviernos.

Este árbol es el productor del verdadero alcanfor, y tanto el tronco, como las ramas, como la raíz (pero ésta especialmente) huelen y saben á ese producto.

En China y el Japón emplean la madera del árbol del alcanfor para fabricar muebles y, por regla general, arcas y cómodas, muy útiles para conservar las ropas libres de todo temor á que las estropee la polilla.

Desmenuzando las ramas, tronco y raíces del árbol referido y destilándolas con vapor de agua, se obtiene una masa pastosa, mezcla de alcanfor y de esencia de alcanfor, que tratada por medio de hielo y filtrada luego á una presión fuerte, da la esencia de alcanfor aislada de éste. La esencia se encuentra en las raíces del árbol principalmente.

En el Japón se usa dicha esencia como aceite combustible para la preparación de lacas y de negro de humo. En Europa se separa por medios químicos un componente de esa esencia, y queda un producto cuyo olor penetrante disimula ó neutraliza el de las grasas y sebos, por lo que se emplea para perfumar los jabones ordinarios, así como también substituye á la trementina en las imprentas, donde se utiliza para borrar las manchas de tinta.

Para obtener el alcanfor, se reduce — como antes queda dicho —

la madera del árbol en pequeñas astillas, destilándola con vapor de agua; los vapores se condensan luego en lugares apropiados al efecto, y así se recogen no sólo el producto tantas veces citado, sino también la esencia ó aceite de alcanfor.

En China se suele emplear un método poco complicado, que consiste en poner en una caldera de hierro una capa de tierra bien seca; sobre ella, extiéndase otra de astillas del árbol del alcanfor que se siembra con tierra, y así sucesivamente hasta que haya cuatro ó seis capas de aquéllas alternando. Sobre la capa superior se pone una gran cantidad de hojas de menta, y luego se llena de agua la caldera, tapándola con una cubierta abovedada. Con objeto de que todo quede bien cerrado, se cierran bien las junturas con arcilla, y se pone la caldera á la lumbre hasta que hierva el agua, recogiendo entonces el alcanfor en la bóveda de la tapadera.

El producto en bruto se purifica luego añadiéndole algo de carbón de madera, limaduras de hierro ó cal, y así se obtiene el alcanfor refinado, á cuya práctica se dedican de preferencia en Inglaterra, Holanda y Hamburgo. El alcanfor del comercio se presenta en panes, en forma de cazuela con un agujero en el centro. Tiene un olor característico; su sabor es picante y algo amargo; se disuelve en mil partes de agua fría y en alcohol, éter y bencina; funde á los 176 grados y hierve á los 209.

Las plantas mustias recobran su frescura si se las mete en agua que contenga algo de alcohol alcanforado. En la industria se aplica el alcanfor para la fabricación de substancias explosivas, para los fuegos artificiales y para lo de celuloide. El consumo anual de este producto en el mundo es de 3.000.000 de kilogramos, cuya mayoría proceden de la isla de Formosa y del Japón.

Se hace alcanfor artificialmente sometiendo la esencia de trementina á la acción del ácido clorhídrico, presentándose en cristales incoloros, cuyo olor y sabor recuerdan al de aquél.

Sobre la piel sana produce una sensación de frío, mientras que aplicado á la piel enferma despierta una sensación irritante que determina escozor.

Si el alcanfor se propina á dosis altas causa un verdadero envenenamiento, y se presenta la presión, los trastornos en la marcha normal del corazón que late más aprisa y manda con mayor fuerza la sangre á las arterias, una agitación nerviosa que va aumentando y puede llegar hasta degenerar en convulsiones, vómitos, baja de la respiración y de la temperatura y, por último, la muerte.

Los envenenamientos por alcanfor se combaten mediante el alcohol, el éter y otros estimulantes.

Como remedio aplicado al exterior del cuerpo humano, se emplea para combatir los padecimientos reumáticos y las contusiones en forma de alcohol alcanforado, aguardiente, aceite y pomada alcanforada.

JUAN ANTON



MARGARITA LA MIMADA

(CONTINUACIÓN)

con cariño y no con mala intención y con propósito siempre de mortificarla.
(*Besa á Margarita y sale enviándola besos.*)

ESCENA IV

DICHAS, menos ROSALÍA.

(Blanca se sienta junto al velador y coge un libro cuyas hojas va volviendo. Clemencia se sienta en un sillón.)

MARG. Vamos, niñas, ¡á coser!
¿Qué hacéis que no principiais?
Mamá lo ha mandado.

CLEM. Mira,
tu mamá no es mi mamá,
que es mi hermana, ¿sabes tú?

MARG. Os ponéis á trabajar
ó voy á mamá y la digo...

BLAN. Niña, déjanos en paz.
(*Margarita coge el libro que tiene Blanca y rompe una hoja.*)

BLAN. ¿Ves lo que has hecho? Rompet
un libro de tu papá.

MARG. Pues tú has tenido la culpa.
¡Mamá! ¡Mamá! Ya verás.
(*Sale gritando.*)

ESCENA V

CLEMENCIA, BLANCA, y después LUIS
y PABLO.

PABLO. (*Entrando*)
Muy buenas tardes, primitas.
BLAN. Hola, Pablo, buenas tardes.
CLEM. ¡Hola. Pablo! ¿Y Luis...?
LUIS. (*Entrando.*) ¡Tan buenof
Muchas gracias, apreciables
señoritas; aquí tienen
ustedes dos personajes:
don Pablo Velasco, un joven
que acaba de examinarse.

CLEM. ¿Y qué?
BLAN. No hay que preguntar.
LUIS. ¡No! Ya preguntan bastante
los del tribunal. ¡Demontre!

PABLO ¡Digo!
CLEM. (*A Luis.*) Siempre tan notable...
LUIS. No me rebajes la nota;
sobresaliente, ¡qué diantre!

BLAN. ¡Dichoso tú! Siempre alegre.
LUIS. ¡Siempre! ¡Siempre!

PABLO. ¿Y qué pesares
tenéis vosotras, chiquillas,
para que envldéis á nadie?

CLEM. ¡Ay. Pablito, no me digas!

BLAN. ¡Ay, Pablito, no me hables!
LUIS. ¿Pues qué sucede, primitas?
CLEM. ¡Ay, hijo! Que somos mártires
en esta casa.

LUIS. ¿Zambombal
¿De veras?

PABLO. ¿Habláis formales?

BLAN. ¡Ay, sí! Desgraciadamente.

CLEM. Esto no puede aguantarse;
vivimos como dos negras,
no nos considera nadie,
y todo por Margarita,
esa chiquilla gargante,

LUIS. ¿No os respeta?

BLAN. ¿Qué respeto?

Al contrario. Hay que amol-
ar á sus menores antojos. [darse

PABLO. ¿Y no os quejáis á su madre?

CLEM. ¿Rosalía? Está tan ciega
con la niña, que no hace
más que lo que Margarita
quiere.

LUIS. ¿Y qué dice su padre?

BLAN. Todavía está más ciego
con la niña.

CLEM. ¡Nadie sabe
lo que pasamos nosotras
con la chica y con los grandes!

LUIS. Pues largarla una azotaina
á esa mona inaguantable.

BLAN. ¡Dios nos libre! Nuestra her-
nos plantaría en la calle, [mana
¡ó qué sé yo!

CLEM. ¡Dios nos libre
de disgustar á ese ángel!
Silencio. (Se pone á escuchar.)

LUIS. ¿Qué?

CLEM. Me parece
que viene. Sí, es ella.

LUIS. ¡Zapel!

Vámonos.

PABLO. ¿Por qué? Al contrario.
Que nos vea y que se aguante.

ESCENA VI

DICHOS y MARGARITA; después PASCUAL.

MARG. ¿Habéis concluido todo?

¡Ay, Pablo y Luis...!

PABLO. (La besa.) ¿Cómo estás?

LUIS. Margaritina. (Idem.)

MARG. Venis
á verme á mí nada más,
¿verdad?

PABLO. Pues naturalmente.

LUIS. Venimos á visitar
á la niña de la casa,
que es una preciosidad.

MARG. (A sus tías.)
Ya veis cómo éstos me quieren.
Estos no me hacen rabiar
como vosotras... Son malas.
(A Luis y á Pablo.)

PABLO. ¡No! Se te figurará.

MARG. Sí que lo son.

LUIS. ¡Bah! Dejemos
la cuestión de la maldad
por otra más agradable...
¿No nos das de merendar?

MARG. ¿De merendar? ¡Ya lo creo.

CLEM. Pide permiso á mamá.

MARG. Mamá hace lo que yo quiero.

BLAN. Eso sí que es la verdad.

MARG. ¡Julia! ¡Pascual! (Llamando a
los criados.) ¿Qué pesados!
No vienen. ¡Julia! ¡Pascual!

PABLO. Es mejor tocar el timbre.

MARG. (Interponiéndose.)

¡Yo! Yo le quiero tocar. (Toca
el timbre.)

CLEM. (A Luis.) Ella siempre.

LUIS. (A Clemencia.) Es deliciosa.

BLAN. ¡Es una calamidad!

PASC. ¿Llamaban las señoritas?

MARG. No; yo. Quiero merendar
muchas cosas. ¡Muchas cosas!

PASC. ¡Muchas cosas! Fruta y pan...

MARG. Y pasteles, y compota,
y natillas.

PASC. (Con sorna.) ¿Y qué más?

MARG. Y salchichón, y aceitunas...

y galletas.

PASC. (Entre dientes.) ¡Y un gabán!

MARG. Vamos, Pascual, no seas posma.
Tráelo á escape todo. ¿Estás?

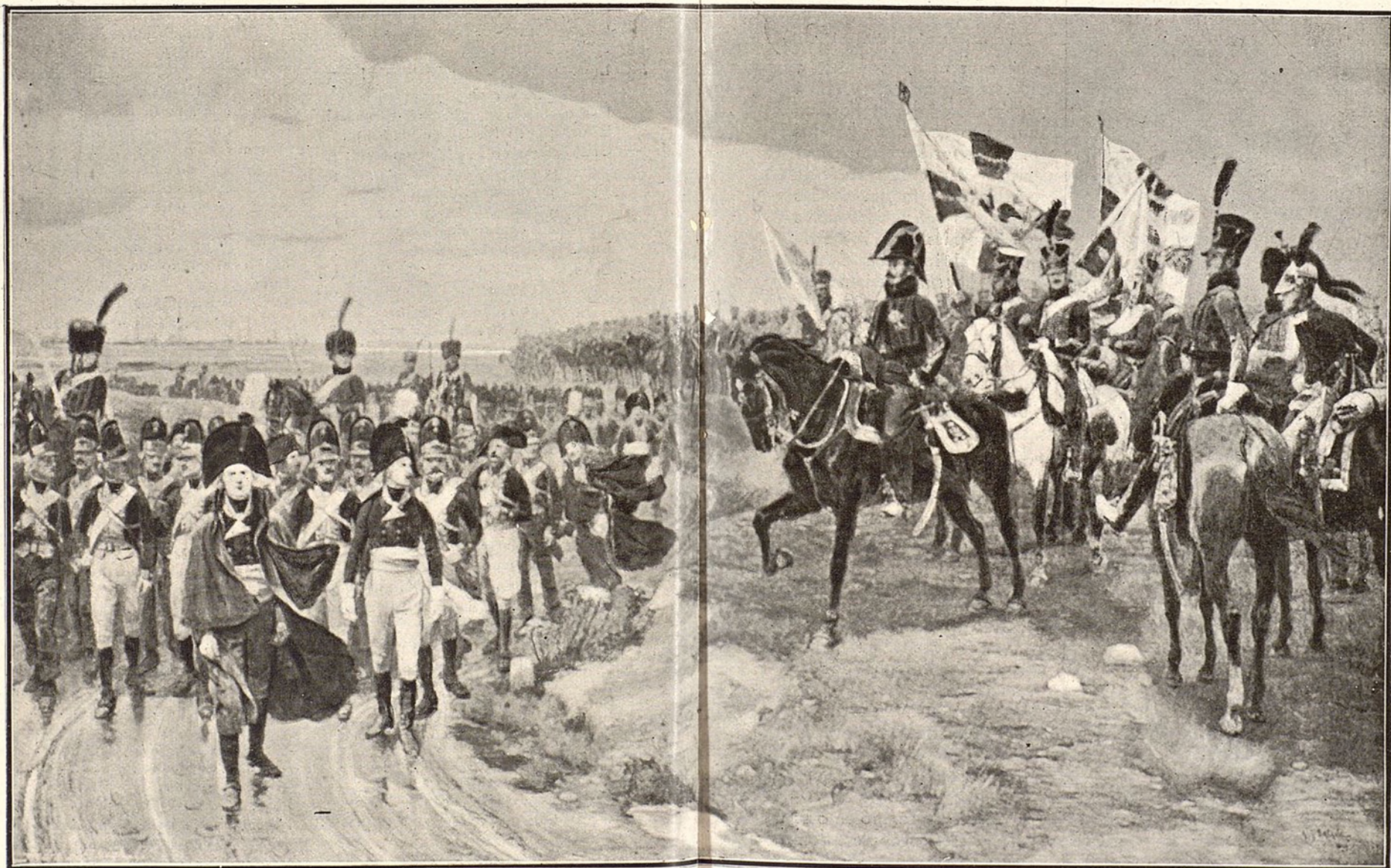
PASC. ¿Todo?

MARG. Todo y de prisita,
ó se lo digo á mamá.

PABLO. Pascual, yo voy á ayudarte
porque solo no podrás...

(Sale con Pascual.)

(Continuará.)



TOMA DE STETTIN, CUADRO DE LALANZE

La toma de esta ciudad alemana fué una de las mayores glorias del Imperio. El famoso general francés Lasalle, al frente de 600 húsares, intimó la rendición de Stettin, que estaba defendida por 6.000 hombres.

A pesar de la diferencia de número, la guarnición se rindió, desfilando, prisionera, ante Lasalle y sus bravos compañeros, verdaderos héroes de aquella memorable acción.

MAL ENCUENTRO

Sin sombrero, desgredado, llegó Juan Echevarría á su pueblecillo á la hora en que el sol se hundía tras los picachos serranos entre unas pardas nubes ribeteadas de púrpura y fuego. A las preguntas de sus convecinos no hizo más que volver la cabeza, abrir la boca en una mueca de sobrehumano espanto, y exclamar:

—¡Oh! ¡Terrible, terrible...!

Intrigados por sus ademanes y palabras, escoltáronle sus conocidos hasta su casa, donde, apenas se sentó en un rústico poyo, viéronle todos palidecer y trasudar como si la muerte se cerniera sobre su cabeza. Cuando, merced á los calmantes y cordiales que le propinaron, recobró la tranquilidad y con ella el uso de la palabra, empezó á hablar con voz trémula, ahogándose á trechos por la emoción.

—Al rayar el día—dijo—ya nos habíamos internado Valentín y yo en lo más intrincado de la sierra. Toda la mañana estuvimos sin dejar de correr de uno en otro lado con las escopetas ¡ron-tas y los ojos listos; pero llegó la hora de comer sin que hubiéramos tropezado con cosa alguna digna de un tiro. Esto nos amargo el



yantar, pues hubiera sido para nosotros vergüenza muy grande volver al pueblo con los morrales vacíos. Un poco descaecidos reanudamos nuestras correrías, pero al fin, cuando mediaba la tarde, la suerte se nos mostró propicia, pues de pronto saltó delante de nosotros un hermoso y esbelto corzo. Verlo y disparar fueron dos cosas simultáneas; mas el gallardo animal, aunque herido de muerte, corrió tambaleándose entre un laberinto de jarales.

Azuzamos contra él á los perros y le seguimos trepando por las rocas, bordeando precipicios y apartando la maleza, hasta que al cabo de un rato llegamos á un disforme barranco. En el rocoso borde ladraban los perros y en el fondo yacía muerto el corzo á la sombra de un formidable pedruzo. En seguida, Valentín empezó á descender apoyándose en los salientes de las peñas y agarrándose á las raíces de los arbustos, pues provistos afortunadamente de una

larga cuerda, pensó en bajar y atar al corzo para que yo lo arrastrara desde arriba; pero he aquí que cuando ya llegaría á la mitad de su camino, oigo un rumor como de recias cortinas que se descorren y veo que de una hendedura sale un águila que se precipita feroz sobre el desventurado Valentín. Chilla éste, defiéndose bravamente esgrimiendo la escopeta como un palo, algunas plumas del águila tiemblan en el aire; pero, pasado un rato de titánico luchar, Valentín cae al fondo, seguido del maldito pajarraco, que cubre su muerto cuerpo con sus doradas alas... ¡Ah! ¡Qué mal encuentro!

Tornó á llorar Echevarría, y en sus lágrimas le acompañaron todos sus oyentes, conmovidos por la tragedia...



José A. LUENGO.



LAS BONDADES DE NINI

XVII

Piluca?—dije yo.—¿Y con qué se come eso? ¿Pero se llama de veras Piluca? ¡Pues me parece una tontería, mamá! ¿Y puede ser guapa una niña que tenga ese nombre tan raro? ¡Quia, no lo creo!

—Es que se llama María del Pilar, pero un hermanito pequeño que no sabía hablar la llamaba Piluca.

—¡Huy, qué tonta!, ¿y se aguantó? Pues si á mí me llegan á poner ese mote, ¡menuda bofetada se llevan!

—Se conoce que ella es más buena que tú—dijo mamá.

Conque seguimos andando... andando... andando... y por fin llegamos á una casa muy preciosa... Yo entraba con mucha curiosidad. ¡Figúrense ustedes! Una casa en que había horas de té... y una niña que se llama *Peluca*... y que no se enfada por llamarse así... y que ayuda á su mamá... Al fin, la vi. ¡Huyuyuy, y qué guapa me pareció! ¡¡Y más grande...!! ¡¡Y más cariñosa...!! ¡Si parecía casi una mujer..! Saludó á mamá con muchísima formalidad, y la dijo:

—¡Qué alegría tan grand^e me da usted, señora, con haber traído á Nini! ¿Me quieres dar un beso, monina?—me preguntó.

—¡Anda, ya lo creo!—contesté.—Y muchos también; ¿me querrás? Oye una cosa; yo soy muy buena, que lo diga mi mamá, pero si á mí me llega á llamar alguien *Peluca* como á tí, le doy dos patadas ó tres...

—No es *Peluca*—dijo ella riendo.—Es Piluca; y mira, me parece recordar que cuando yo tenía tus años, también se me escurrieron algunos golpes á todos los que me llamaban así.

—¡Claro, y si no, serías tonta! ¿Y quién te puso eso?

—Mi hermano pequeño.

—¿Y es todavía pequeño?

Ayuntamiento de Madrid

—No; ya tiene diez años.

—¿Y tú, cuántos tienes?

—Trece.

—¿Y antes, eras pequeña?

—¡Claro que sí!

—¿Y eras mala ó buena?

—De todo había—dijo riéndose.

—Yo soy muy buena—contesté.

—¿Sí? Fíes á mí me habían... dicho...

—¿Que soy mala? Es mentirísima; mira, *Peluca*, soy la mar de buena; ya sé que tú ayudas á tu mamá á dar bollos á las visitas... ¡Pues yo también ayudo á muchas cosas... el otro día lavé unas pieles de mamá y una caja de pinchos de papá, y quedó todo muy bien!

—¡Ay, Nini!—dijo la niña.—Me parece que tus bondades deben ser algo raras...

—Oye tú, que te pego si dices eso; pregúntaselo á mis abuelitos. ¿Tienes tú abuelitos?

—No; pero tengo hermanos y hermanas; tú eres solita, ¿verdad monina?

—Sí, y me aburro mucho; así es que me van á llevar á un colegio de monjas para que me divierta; ¿has estado tú?

—No—dijo ella.—Yo no quise colegio; tengo una *miss* desde muy chiquita, á la que quiero mucho, porque gracias á ella me he vuelto buena; aún me enseña inglés, alemán, contabilidad... Ahora estoy también solita casi, porque mira, tenía dos hermanos mayores y se han casado. Otras dos hermanas y se han casado también, y estamos solos en casa los papás, la *miss*, mi hermanito y yo. ¿Quieres conocerlos á todos? ¡Sí! Anda, vente á la sala y al gabinete, verás á todos mis hermanos y hermanas y á muchas visitas, entre ellas uno que se llama Luisito, que de pequeño jugó conmigo como tú jugarás hoy con mi hermano.

—A mí no me da la gana ir con tanta gente—contesté.—Que venga aquí mi hermano.

De pronto, oímos decir:

—¡Piluca! ¡Ven!

Y echó á correr, llevándome de la mano.

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.

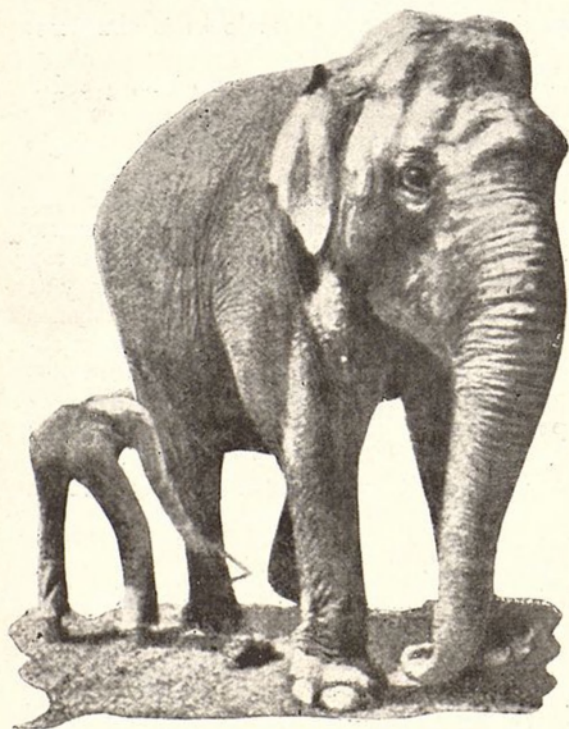


Ayuntamiento de Madrid

ANIMALES ENFERMOS

También los animales salvajes sufren molestias que pueden comprometer su vida si no se las atiende con esmero y prontitud. Entre ellas, las más corrientes y pertinaces son las producidas por el crecimiento y desviación de las uñas y de los dientes, que les causan grandes dolores y llegan á producirles la muerte.

No sabemos cómo se las arreglarán para curarse tales molestias los animales salvajes que lo siguen siendo; es decir, los que viven en libertad por los bosques y por las selvas. Los que cayeron ya en poder del hombre, reciben el consuelo y los cuidados de su propietario que, como es natural, no les olvida, porque sería perjudicarse á sí mismo.



Por eso en los Parques donde se exhiben las colecciones zoológicas se registran con frecuencia operaciones quirúrgicas de todas clases, y, sobre todo, las necesarias para atajar los males que hemos indicado como más frecuentes. Hay, pues, pedícuros y dentistas para los animales, lo mismo que los hay para las personas, dicho sea con perdón.

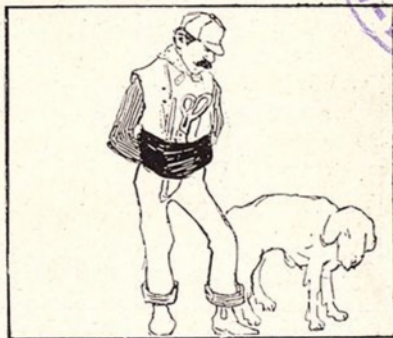
Entre estos animales salvajes, el hipopótamo es uno de los más expuestos á molestias de la boca, y hay que limarle los dientes para evitárselas. El elefante suele sufrir el crecimiento de alguna uña que se le introduce en la carne, produciéndole

los dolores consiguientes. No hay que decir con cuántas precauciones es preciso sujetar á tales pacientes para someterles á la operación. Pero cuando ésta termina y se ven libres de las molestias que sufrieron, miran con cierta gratitud á sus salvadores... ¡Y además, no tienen que ocuparse de pagarles la cuenta!

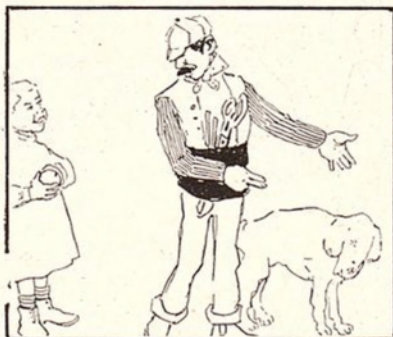
CURRITO EL ESQUILAOR



Currito el esquilaor se paseaba una tarde tranquilamente sin tener nada que hacer.



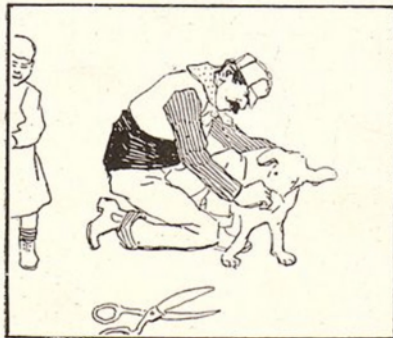
Cuando vió á un perro magnífico con una pelambreira no menos magnífica.



Junto al perro descubrió á un niño, á quien, suponiéndole el amo, le dijo: —¿Quieres que esquile al perro?



—¡Bueno!—contestó el muchacho. Currito, muy contento, se dispuso á emprender la faena.



Sujetó al can con todas las reglas del arte, acariciándole para convencerle.



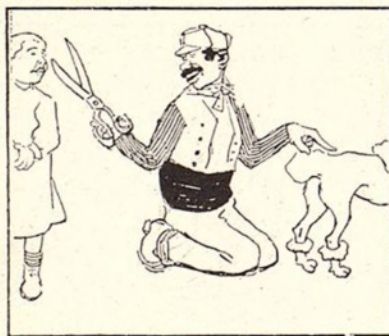
Esgrimió las tijeras, ris, ras... y le dió los primeros toques con verdadero entusiasmo.



—Va á quedar al pelo—le dijo al niño, que le contemplaba con asombro.



Y sin comprender por qué le habia pedido permiso, ni tampoco por qué le consultaba.



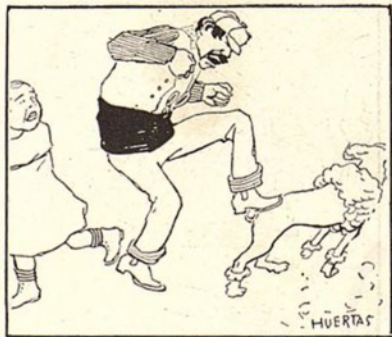
Más se asombró todavía cuando Currito le preguntó:
—¿Le dejo unas borlitas?



Pero como realmente no le parecia mal la idea, repuso:
—Sí, señor, me parece bien.



Al terminar, le dijo Currito:
—Verás qué contento se pone tu padre cuando vea el perro.



—¡Si no es mío!—contestó el chico. Currito, viendo perdido su trabajo empezó á patadas con el perro